

CRÓNICA *de la parroquia*

MINDO



Cronistas de la parroquia:

Klever Tello, Fanny Enriquez, Fernando Vivas, Carlos Rodríguez, Oswaldo Proaño, Alejandra Zavala, Pamela Patiño.

Autor:

Fanny Enríquez

Equipo Gestor:

Patricio Guzmán, Nelson Ullauri, Jeanneth Yépez, Estefanía Pineda, Zulma Chato, Ximena Loachamín, Paula Ullauri y Ana Paula Laverde, Iván Chávez, George Torres, Pablo Acosta, Marcos Ullauri, Diego Calderón, Santiago Díaz, Joaquín Chanatasig, Leonardo Yánez y Santiago Gómez.

Noviembre de 2022

La crónica de una niña que creció con un corazón solitario, en busca de un amor paternal

Fue duro aceptar esa cruda realidad vivida en mi niñez y adolescencia, cambió mi manera de pensar y afrontar los retos de mi vida. De eso, más de 30 años. Cuando yo era una niña, esperaba ser querida, aunque sufrí muchos maltratos físicos y psicológicos de parte de mi padre. Me convertí en una niña y adolescente nerviosa, sumisa. Fui educada para servir al hombre, a mi padre. Nunca me atreví a alzarle la vista y peor decirle algo.

Crecí con miedo a este violento hombre, mi padre, que no medía sus maltratos y golpes. Nos castigaba por cualquier cosa, pongo como ejemplo lo siguiente: nos ordenaba ir a enlazar a los toros brahman para curarles de garrapatas y más, pero por mi condición de niña mismo, no podíamos cumplir bien sus órdenes. Se enojaba y nos castigaba de forma brutal. Nos pegaba con piguas, mangueras de agua, o con lo que encontraba. Nos botaba la comida que ya estaba preparada, me decía que un perro valía más que nosotras, me arrastraba, nos jalaba del cabello, nos lanzaba piedras. Tal es el caso, que una ocasión me dio en la cabeza y casi me mata, quedé inconsciente.

Me hacía sufrir la impotencia de sentir el dolor inmenso que sentía mi madre, de no poder defenderla de mi padre, yo sufría todo en silencio al no poder ayudarla porque tenía miedo. Fue tanto desamor de mi padre y tanto sufrimiento ocasionado a mi madre, tanto dolor me llevó a buscar amor en los animales y aprendí a comunicarme con ellos y con la naturaleza; en ellos encontraba refugio, calor y amor.

Tenía una vaca que se llamaba Francelina y un perro que se llamaba Kaliman, mis dos amigos fieles. Mi amiga vaca

parecía que comprendía mi dolor; yo la abrazaba y llorábamos juntas, le contaba mi dolor y ella, con su lengua, secaba mis lágrimas y lamía mi cara de niña sufrida. Con su larga lengua, me demostraba su amor. Ella me amaba porque me dejaba que me montara en su espalda, sabía que yo sufría. Llegué a comprenderme tanto con ella que luego tenía la sensibilidad de saber cuándo estaba la vaca también enferma.

El maltrato hacia la niña



Imagen referencial de: Fanny Enríquez. Mindo, 2022

Tenía dos loros que me acompañaban, un armadillo, un tucán, un perezoso y otros animales. Con ellos, podía estar y compartir momentos de paz. Un episodio digno de contar es el caso de una serpiente: Habiendo sufrido castigos físicos, fui expulsada de la casa, caminé llorando por el campo sin saber dónde iba a dormir. En plena lluvia, del cansancio y de

tanto llorar, me arrullé y me quedé dormida. Tuve un sueño de descanso y abrigo y dormí muy rico, pero cuál fue mi sorpresa y terror que cuando me desperté estaba abrazada de una gran culebra, que, luego entendí, me protegió, o quizás estaba cuidando su presa. Salí corriendo como pude, pero pienso en ese momento como en un momento de paz y descanso que sentí esa vez.

Mi educación en la escuela fue totalmente descuidada por mis padres. De tanto padecer esta vida infeliz, decidí escaparme con un amigo: huida inocente del dolor y el maltrato, buscando amor, tranquilidad y esa palabra tan lejana: felicidad. Todo esto a mis cortos 16 años. Salí de mi querido barrio San Luis que pertenece a la parroquia de Gualea y vinimos con mi amigo a trabajar y vivir en Mindo en la hacienda del Señor Marco Cruz.

Con mi compinche de huida, como le decía a mi amigo, tuvimos muchos meses una relación ingenua, no teníamos plena conciencia de nuestras condiciones de hombre y mujer. Mi compinche de escape se fue convirtiendo, de a poco, en mi compinche de corazón, después hicimos plenamente vida de pareja. Me fui enamorando día a día de quien era ya mi esposo. Vivía sólo para él y, al año, nació mi linda hija Anahí. Yo era feliz con mi nueva familia. Luego tuvimos nuestro hijo varón y retornaron mis tristezas.

Por ser demasiado celoso, mi ex se dejaba llevar de cuentos y chismes, y comenzó a repetirse mi historia de maltratos. Por su desconfianza e incomprensión, hizo mi vida de cuadritos. Yo, ingenua, creí que sus celos, reclamos y comportamiento, eran producto de su amor y empecé, nuevamente, a vivir humillaciones de parte de él.

Retornaron mis miedos. Siempre pasaba de mal genio, este hombre me decía que le daba asco porque se imaginaba lo peor de mí con otros hombres. No confiaba en mí, me decía cosas que bajaron mi autoestima al piso. Para él, yo era una prostituta. Decía cosas que eran mentiras, cada día subían sus humillaciones y maltratos psicológicos hasta que llegó un día en que me agredió físicamente. Retornaron a mi

cabeza los maltratos de mi padre: a mí como hija, y más aún, los maltratos y humillaciones a mi madre como esposa. Me hirvió la cabeza, me armé de coraje, no sé de dónde saqué fuerzas y decidí que a mí no me iba a pasar lo mismo que a mi madre. Comprendí que ningún hombre tiene derecho de golpearme, reaccioné y pensé que nunca más permitiré que me peguen o me maltraten. De forma definitiva, y por primera vez, pensé en mí como una mujer con todas las posibilidades de luchar por mi felicidad y la de mis hijos.

Cronistas en acción



Foto aportada por: Fanny Enríquez. Mindo, 2022

Tuve que aprender a morir como el ave fénix, para volver a renacer y constituirme en una nueva mujer y en un nuevo ser humano libre. Desde ahí empecé a cambiar y dejé de ser una mujer sumisa y empecé a ser una mujer valiente y luchadora. Nadie ni nada volverá a humillarme. Todo este caminar y sufrimiento me endureció más, me enseñó a ser una mujer autosuficiente, con mucha voluntad y fuerza para

valerme de mí misma, con la ayuda de Dios por supuesto.

Toda esta nueva actitud ante la vida, ciertamente, me acarreó otro tipo de problemas. La incomprensión de la gente que sigue creyendo que la mujer debe ser sumisa y debe estar a las órdenes de los machistas. Logré superar el “qué dirán” y empecé a ser una mujer segura de mí misma, con una alta autoestima. Soy una mujer orgullosa de mi historia, de quién soy y de dónde vengo. Estoy orgullosa de ser una mujer del noroccidente, fraguada en mil dolores, en el duro trabajo del campo y en el más duro quehacer, en una sociedad desigual, discriminatoria, hipócrita y violenta, sobre todo contra la mujer.

Mi vida actual con mi hija es dura y acarrea muchas responsabilidades, pero no he tenido miedo de afrontar mil y un trabajos: de albañila, de lavandera, de vendedora, de trabajadora del campo, de empleada doméstica sin desatender mis propios quehaceres domésticos. Me siento fuerte y orgullosa de mi responsabilidad frente a la vida que me permite vivir honestamente y con dignidad a pesar de las limitaciones económicas que sufrimos.

Esta crónica de mi vida, esta historia, la escribo para que sirva para muchas mujeres de mi tierra querida de noroccidente, de Mindo y del mundo, para que no se den por vencidas. Mi pequeño aporte para que lleguemos a ser mujeres con un espíritu libre, sin miedos y que, como el ave fénix, renazcamos y superemos estas injusticias de la vida.

Toda esta historia, esta crónica de vida, surge de la vida misma: la gran maestra.

Cronista participante:

Fanny Enríquez: Mujer nacida en Gualea, hace 38 años. De raíz campesina. Madre de dos hijas.

